

## Historias en el Metro

Aquella mañana salí apurada, ya había amanecido en Madrid. El invierno tenía el mérito de convertir el cielo en un gris plomizo, mientras el sol, disimulado, se escondía tras las nubes.

Debía llegar temprano a la oficina, de modo que decidí ir en el metro. Mi trabajo me había permitido viajar mucho y no encontraba muchas diferencias entre mis experiencias en los subterráneos de París, Londres, Buenos Aires, Berlín o Madrid. Algunos, por supuesto, tenían estaciones más opulentas y vehículos más modernos y placenteros que otros, pero todos coincidían en brindarnos el mismo servicio: atravesar sin obstáculos el torbellino de las grandes ciudades para ganarle tiempo al tiempo y espacio al espacio.

Teniendo en cuenta que millones de personas comparten esa idea fuerza, no es de extrañar que muchos pasemos buena parte de nuestras vidas en esos lugares, anónimos y de tránsito. Allí la soledad, aunque a veces no sea voluntaria, ya es una costumbre y todas las expectativas sólo se centran en la fugacidad del trayecto. No siempre se da o nos damos la oportunidad de dialogar con otros pasajeros, tal vez porque elegimos que ese tiempo nos regale libertad para la reflexión, para la búsqueda interior o para la lectura.

Ese día me tocó salir de la introspección y conocer fugazmente a algunos compañeros de viaje, casi sin necesidad de hablar con ellos, sólo observando y escuchándolos.

José había cogido el autobús en Navacerrada, un trámite urgente lo había

obligado a hacer ese viaje, que luego continuaría en el metro.

Respiró hondo, le gustaba aquel aire limpio y frío de las serranías madrileñas y ahora, bajo tierra, lo añoraba. Me comentó que salía de su casa y de su terruño casi obligado, porque no le gustaban los papeleos. “Son un verdadero “coñazo” – decía – pues no le veo el sentido ni creo que nadie, en este mundo, pueda disfrutar con eso...pero las obligaciones son así, ineludibles”. Por suerte el tren había llegado rápido. A su lado se sentaba una niña que, de pronto, le hizo recordar a su nieta Sofía. No se parecían, por cierto, especialmente porque sus ojos vivaces eran azules y los de Sofía tenían un brillante color azabache. Me comentó que su nieta ahora, seguramente, tendría la misma edad. Pensativo, miró su reloj ¿Qué estaría haciendo a esa hora? ¿Estaría en la escuela o en su casa, cerca de la plaza de toros de Ventas, con Carmen, su madre?

La niña de los ojos azules, como adivinando sus pensamientos, le preguntó:

- Abuelo, ¿a donde vas?

José tardó en responder, pero dijo finalmente:

- Voy a visitar a mi nieta, que es como tú.

Lo decidió en ese momento, ya era tiempo de visitarla, y a su nuera Isabel, tan sola desde que Juan, ay... su querido hijo, muriera.

Sabía que al verla encontraría también, nuevamente, el rostro de Juan, embellecido y joven, en el de Sofía. Tenía la certeza de que el dolor se haría presente con más fuerza. Pero ya estaba decidido, iría esa tarde a llevarle dulces y especialmente ese de chocolate con almendras, que tanto le gustaba,

y le compraría un perrito de peluche, blanco, parecido con el que jugaba cuando iba a visitarlo a las sierras.

Junto a nosotros también viajaba Helena, que había hecho el trayecto de siempre para llegar puntual al trabajo, como era su costumbre. En general este viaje formaba parte de sus rituales cotidianos que, de tan repetitivos, casi ni contabilizaba, eran como horas muertas, casi imperceptibles.

Pero esta vez el azar quiso que ese día fuera distinto para ella, desde el momento en que un joven rumano subió con su acordeón en una de las estaciones.

Su música, esta vez, sonaba conocida y cumplía con su cometido: atraer la atención de todos, hacerles recordar otros sitios, otros momentos...era un regalo, una ofrenda a la alegría de estar vivos, allí, juntos, compartiendo ese viaje para que, luego el joven pidiera una mínima recompensa voluntaria.

Helena reconoció la melodía, era aquella que cantaba Gardel, ese personaje famoso (¿era uruguayo o argentino?...no estaba segura, pero recordaba, eso sí, que había muerto en un accidente aéreo en Medellín).

Su madre la cantaba y era, como los tangos, melancólica, aludía a un caminito...en un país que podía ser el de cualquiera...allá lejos y hace tiempo....donde dos (seguro una pareja) caminaron juntos y (¡cuando no!), todo terminaba en el olvido.

Típico – me comentó – los argentinos somos así....siempre lamentándonos y anhelando lo que hemos perdido...nada que ver con los caribeños,.... ¡ellos sí que disfrutaban de la vida!

Era agradable reconocer esa melodía, que, como tantas otras, traspasaron fronteras y ya son universales. Observé las reacciones de nuestros compañeros de viaje: dos chinos, un africano (seguramente por su color de piel), una mujer con su túnica blanca...varios adolescentes españoles y latinoamericanos, dos señores mayores, todos en el vagón parecían disfrutarla, algunos con más asombro que otros.

Helena sintió que el tiempo no estaba adormecido, empezaron a hacerse claros, nítidos los recuerdos junto a las caras, los cuerpos, los objetos que cada uno llevaba. Sintió que todos juntos compartían en ese trayecto, sólo unos instantes en el viaje de la vida. Y, entonces, de pronto, se decidió y dijo: “Apenas me baje del tren, tengo que llamar por teléfono a Buenos Aires“. Aquellas notas musicales y ese caminito de la canción, la habían llevado lejos, a las calles húmedas, a aquella plaza dorada de otoño y a aquel banco donde, por última vez, había besado al amor de su vida.

Antes de salir del vagón, ayudó a subir a Julia, que llevaba un cochecito con su bebé. El abuelo José le dejó el asiento y ella le sonrió, agradecida y explicando que todavía le dolía la espalda, porque había tenido que levantarlo para bajar tantas escaleras. Tomas aún no cumplía un año y dormía mientras

su madre lo arropaba acariciando sus manitas y observándolo con ternura: ¡era tan hermoso! Una maravilla de la naturaleza –pensó– recordando, en ese momento, que era más guapo que su padre, Juan, no muy agraciado, aunque buena persona, eso sí. Comentó en voz alta: “Mi marido también está viajando a esta hora, su empleo está en la otra punta de la ciudad. Como es tornero, ha tenido la suerte de encontrar un trabajo seguro que, además de gustarle, le ayuda a no extrañar tanto a la familia de Ecuador”.

Miré alrededor: como siempre, veía gente nueva, nunca reconocía a los compañeros de viaje. Sólo una vez había coincidido con una viejita muy maja, que me contó su historia personal: cómo se había mudado a Madrid con su marido, apenas pudieron vender la casita de sus padres. Eran los últimos jóvenes que decidían emigrar de su pequeño pueblo asturiano, en busca de un futuro un poco más próspero. Muchos amigos ya los esperaban en la enorme ciudad, y formaban una gran familia, atenta a las necesidades de los demás, como acostumbraban en su pueblo. Era una red de empatía solidaria que poco a poco se fue perdiendo, absorbida por el trajín cotidiano en gran urbe, la soledad obligada de los sitios públicos y el anonimato de los medios de transporte.

Pensé que su historia sería parecida a la de tantos miles de inmigrantes, como Julia, Juan y su bebe. Es cierto que Madrid es una ciudad abierta, tal vez porque la mayoría de sus habitantes proviene de otros tantos pueblitos de la España rural, o de tantas naciones de diversas partes del mundo, porque todos

eran, de algún modo, compañeros de llegada.

En la siguiente estación todos vimos subir a una joven mujer con un pañuelo en la cabeza y un bebé en sus brazos. No quiso sentarse, a pesar de que habían asientos disponibles, pues su misión era otra: pedir dinero para comprar leche para su hijito.

Julia acarició una vez más a Tomas y se preparó para bajar, no sin antes darle unas monedas a esa mujer. Fue la única que lo hizo en ese vagón, fue la única que se compadeció, tal vez porque que no tendría a un Juan, como el suyo, a su lado, que velara por ella.

Ese día me bajé del tren, convencida de que en ese trayecto había aprendido muchas cosas. Pensé que, como todo viaje, fue una metáfora de la vida misma: cada trayecto puede ser una oportunidad única para comprender un poco más a nuestros semejantes y nuestra propia existencia aunque, paradójicamente, tratamos de pasarlo lo más rápido posible, porque lo importante está en el futuro próximo y en otro sitio.